

suelo cristiano. ¿Cómo pudo olvidarse que la vida gentilica fué condenada en términos explícitos del Espíritu Santo por boca del Apóstol en su epístola á los Romanos? A la verdad, cuando las palabras de San Pablo no nos lo enseñasen, los mismos testimonios de los gentiles están ahí para decirnos qué vida era aquella de los gentiles. ¡Y todavía se creyó posible ver salir del fondo de aquella podredumbre la flor más bella del espíritu humano, y que la hija más galana del cielo hallase su morada propia en medio de aquella atmósfera envenenada, y que en aquella tierra celebrase su triunfo.

No desconocemos las excelencias del arte antiguo: cierto este arte procuró dar á los medios externos de representación, tanto signos como imágenes, su más acabada perfección técnica; y aun logró distinguirse por la verdad y fiel naturalidad, por su fuerza inventiva y el carácter genial de sus ficciones; bajo este respecto bien podemos y debemos en todos tiempos aprender de la antigüedad; pero cuando el arte propio de tiempos mejores comienza á venerar como maestros á los antiguos sin linaje alguno de miramiento ni reserva, luego se degrada á sí propio; cuando cierra sus ojos á la luz de la verdad sobrenatural para buscar su ideal en el estudio de los antiguos, solo consigue una miserable pobreza de alma y vida, una rigidez mortal toda-

vía mayores que las que tuvieron sujetas en servidumbre á las antiguas artes.

## XXV.

El fin remoto ó mediato de las bellas artes.

L'art pour l'art est une absurdité

DE LAMENNAIS.

142. «No bien el furor de los tupés,» decia años atras una de nuestras primeras Revistas alemanas, «no bien el furor de los tupés y las mascaradas romano-egipcias de la revolucion y del imperio napoleónico fueron abandonados de la moda, cuando los estéticos de más exquisito gusto proclamaron sin rebozo que el arte existe para sí mismo, al modo como la escuela humanitaria sostenia que el destino supremo del hombre se cifra en ser éste lo que es: hombre» (1). «La belleza es el fin próximo y exclusivo de la obra artística,»—«en sí mismas únicamente tienen las bellas artes su propio fin,»—«los que de ellas se sirven para algun fin, impídenles remontar su vuelo libre y sin límites,» «el principio creador en el artista obra tan solo para sí y no por respeto á ningun otro,»—«la verdadera

(1) Hojas histórico-políticas, vol. 52. «Una palabra dirigida al arte.»

obra artística debe ser absoluta, consistiendo en un todo acabado en sí mismo que no tiene fuera de sí con cosa alguna la relación del medio con el fin.» «en sí misma lleva su principio y su fin:» tal es ciertamente el lenguaje de los estéticos modernos (1). Si esta misma idea se desprende también del Laokoon, punto es que no queremos resolver (2). Sea de esto lo que quiera, nosotros por nuestra parte creemos que de todas las cosas que existen, solo aquella posee en sí misma su principio y su fin, que no tiene fuera de sí la razón de su existencia.

Meditando sobre el oficio y fin próximo de las bellas artes, nosotros hemos llegado á una solución que hasta cierto punto debería contentar á la filosofía moderna del arte, por más que bien considerada la nuestra diste no poco de las que proclama esta falsa filosofía. Concedémosle cierto que el fin de las bellas artes es representarnos lo bello y causarnos deleite por medio de su contemplación; mas por deleite entendemos aquí aquel gozo espiritual que trae consigo el amor, y por consiguiente la consideración de lo que en sí mismo es bueno; y así la belleza que forma el objeto de éste gozo, es

(1) Véase, por ejemplo, á Nusslein. Teoría §. 61. Ficker, Estética §. 142. 143. Esser, Psicología pág. 466. Krug, Esth §. 21, 59. Kant, crítica del juicio estético.

(2) En las secc. IX y XXXI del libro están los lugares concernientes á éste punto.

para nosotros no «la más ínfima» de todas, ó sea la simplemente corpórea, sino la que tiene su habitación en la esfera de las cosas supra-sensibles. Contra esta idea del fin del arte no tienen nada que oponer la Ética natural ni aun la cristiana; porque si nos es lícito querer hasta los deleites sensibles, á pesar de ser naturalmente tan leves, siempre que sean lícitos cada cual en su caso respectivo, y quererlos por sí mismos, es decir, como fin, precisamente porque el autor de la naturaleza es quien nos los proporciona (1); ¿cuánto será más conforme á las leyes de la honestidad, que las bellas artes se propongan como fin propio el gozo más puro y elevado de que es capaz sobre la tierra la criatura dotada de razón? Aquel Señor que al hombre le dió por morada un paraíso de deleites mientras conservara la justicia original con la cual le adornó, no le ha vedado todo deleite despues de su caída; y si al hombre mismo, cuando era puro é inocente, le dió tantas pruebas de tiernísimo amor, queriendo restituirle, cuando ya no lo era, á su amistad y

(1) La prueba de esta asercion puede leerse en Pallavicini, dei bene l. 1. c. 34, 35. El cual concluye diciendo: el que guiado de la luz natural ó de la fé se mueve hácia algun deleite lícito, por el motivo siguiente, conocido de él al ménos de un modo confuso: que en ello se conforma con la voluntad de Dios, ó con la naturaleza, á quien agrada que gustemos aquel inocente solaz, ese tal hace un acto bueno y meritorio.

gracia, no dejó de derramar sobre él en inmensa lluvia los dones de su misericordia. Pero quiso Dios que el deleite originado de las cosas finitas no le apartase de su amor. En las varias alternativas de placeres y penas de esta vida nuestro corazón debe anhelar constantemente á la patria de los placeres sempiternos (1); al través de los bienes todos y de la hermosura de que ha sembrado la senda de nuestra peregrinación, hemos de pasar como quien todo su empeño lo cifra en no perder los bienes eternos (2). El artista obra bien y contrae mérito cuando dirige simplemente su actividad á procurarse deleite á sí mismo y á los demás porque sabe que es conforme al orden de la naturaleza y á la divina sabiduría que lo gustemos.

143. Pero este deleite, fin próximo é inmediato de las bellas artes, ¿es por ventura el fin exclusivo de ellas, de suerte que fuera de él no se dé ningún otro fin? La estética moderna responde afirmativamente, y en mantener su respuesta hace grande hincapié. Tal es el único sentido posible de las aserciones arriba citadas, si es

---

(1) « . . . . ut inter mundanas varietates ibi nostra fixa sunt corda, ubi vera sunt gaudia » (de la oración de la Iglesia para el cuarto domingo después de Pascua).

(2) « . . . . ut, te rectore, te duce, sic transeamus per bona temporalia, ut non amittamus aeterna. » (De la oración de la Iglesia, domingo tercero después de Pentecostés.)

que tienen éstas algún sentido; eso es asimismo lo que dan á entender sus partidarios en el desden y cólera que manifiestan contra todo aquel que es osado á pensar que acaso las bellas artes no tienen exclusivamente su fin en sí mismas, que quizá podrían, sin sufrir ni aun el más leve detrimento, servir á fines más elevados que la belleza y el deleite.

Que el fin próximo, necesario, de las bellas artes consiste en poner delante la hermosura y proporcionarnos el deleite que nace de su contemplación, hé aquí una proposición que nosotros mismos hemos formulado; ¿mas por ventura es una maravilla nunca oída, que un bien cualquiera, estimado en justicia como fin, si se le mira con relación á otro bien, sirva á su vez de medio para alcanzar otro fin más alto? Un bien hay únicamente, según Aristóteles (1), que por su naturaleza nunca puede ser medio, y es el bien en toda su plenitud, de que es capaz la criatura racional, la felicidad perfecta. Precisamente porque en esta dicha tan grande se encierra todo lo que puede ser objeto de nuestro amor, no es posible ni siquiera concebir fuera de ella bien alguno á cuya posesión nos pueda ella conducir cual si fuera medio. Pero los bienes imperfectos que hacen parte de aquella suma total, esos pueden tener entre sí alguna

---

(1) Ethic. Nicomach. 1. 1. c. 7.

relacion en cuya virtud los unos engendren á los otros, segun su naturaleza respectiva, de forma que nos sea dado al bien de que se origina otro bien apetecerlo no solamente por sí mismo, como fin, sino tambien como medio ó sea por razon del bien originado de él. «Si todos los bienes,» observa muy bien el noble Pallavicini (1), «tuviesen tal conexion entre sí, no se podria pecar. La razon de esto es porque todo pecado trae su origen primero de la oposicion en cuya virtud varios bienes de grado diferente se excluyen unos á otros, y precisamente para cegar en lo posible esta desdichada fuente del pecado la naturaleza ha hallado el medio de ligar un bien con otro como la causa con el efecto.»

Apliquemos esta observacion á nuestro tema. Cuando el deleite que las bellas artes consideran y anhelan con razon como su fin inmediato, es para nosotros causa de algun otro bien; cuando por razon de su misma naturaleza no puede ménos de engendrar un efecto psicológico diferente del placer mismo; y finalmente, cuando la riqueza ó plenitud de este efecto está siempre en relacion directa del deleite; entonces diciendo que á este efecto miran las bellas artes, no nos referimos al fin próximo é inmediato de éstas, sino á su fin remoto y mediato; y

(1) Del bene 1. 3. c. 9.

en este caso es no comprender la esencia del arte, es suprimir la idea y destruir la naturaleza de él rehusarle el poder y destino que le llaman y ordenan á otros fines además del deleite. La legitimidad de esta proposicion no admite duda; solo nos falta ahora evidenciar la verdad de la hipótesis en que se funda.

No es esto á la verdad difícil. Para nadie es ningun misterio lo que notaron Aristóteles y Santo Tomás: que el deleite que se sigue naturalmente de una accion dada, confiere á la misma su última perfeccion y aumenta su fuerza intensiva y su duracion (1). En el reino entero de los seres dotados de sensibilidad, en todas las criaturas que perciben sus modos y estados peculiares, el placer, la alegría, son el medio de que se vale la naturaleza para llegarse á sus fines, para dar á las respectivas fuerzas la expansion y elasticidad que han menester.

«Deleite es el nombre que denota perpetuamente en la naturaleza el imperio de las fuerzas; el deleite es lo que mueve las ruedas del gran reloj del universo: á las flores sácalas de sus tallos, al sol del seno del firmamento, y á las esferas las hace girar al través de espacios á donde no alcanza la vista del astrónomo con todos sus telescopios.»

Esto no es á la verdad simple poesia.

¿Qué se sigue de esta ley? Todo lo que á

(1) Arist. Ethic. Nicomach. 1. 10. c. 5. Thom. S. 1. 2. p. q. 33. a. 4.

nuestro propósito conduce. Ciceron parece mostrar en alguna parte el deseo de poder presentar á su hijo la virtud de una manera visible (1); porque creia con Platon, que su celestial belleza deberia producir una impresion indeleble en el corazon de toda persona á quien se manifestase, y excitar en ella un amor del todo espiritual (2). El arte mira esencialmente á procurarnos el deleite consiguiente á la belleza del orden suprasensible. Lo bello, considerado ontológicamente y segun su esencia, es idéntico con el bien en sí, y la accion del espíritu racional, con que se junta el deleite de la belleza, no es otra cosa sino el amor perfecto de este bien; ese deleite es la dulzura del amor puro, como la belleza es el fruto de la bondad intrínseca (3). ¿Cómo, pues, no ha de obrar á su vez el deleite originado de la belleza sobre el amor del bien en sí comunicándole mayor fuerza, una intensidad más rica y una vida más profunda? ¿ni cómo han de poder las bellas artes paralizar las leyes de la naturaleza é impedir estos efectos? ¿Acaso la perfeccion de ellas no está por el contrario en relacion directa del deleite que nos causa la contemplacion de sus obras maestras? Así cuanto más eficazmente promuevan las bellas artes

(1) De offic. 1. c. 5.

(2) Phaedr. ed Bip. vol. 10. p. 329.

(3) Rev. n. 50-52.

el amor de las cosas nobles y buenas, de las bellas y amables y que hacen gozar á quienes las contemplan, tanto convienen más con el fin próximo á que están llamadas, tanto mejor son lo que aspiran á ser, artes *bellas*, cuyo oficio consiste en procurarnos la contemplacion y deleite de la belleza (1).

Y á la verdad siempre que ha sido plantado el árbol de las bellas artes, y donde quiera que ha llegado á florecer, se han gustado esos excelentes frutos; á los cuales pertenece el haber dichas artes ennoblecido los ánimos, purificado las costumbres, elevado el corazon á la belleza por esencia, á Aquel que es fuente de todo gozo y término final de todo amor puro. Al arte atribuyeron los gentiles haber establecido y trasmitido su religion (2); y la mitología tuvo

(1) Entre los estéticos de más esquisito gusto de que nos hablaban las hojas histórico-políticas, se halla tambien Cousin, el cual trasplantó al suelo francés este y los demás errores de la filosofía alemana del «Yo.» «Es imposible,» dice (Du vrai, du beau et du bien, 8. leçon), «asentir á una teoría qui confondant le sentiment du beau avec le sentiment moral et religieux, met l'art au service de la religion et de la moral, et lui donne pour but de nous rendre meilleurs et nous elever à Dieu.» (Bravo! el filósofo francés teme con toda su escuela, que el arte nos haga mejores y nos eleve á Dios.) A quien haya comprendido nuestro raciocinio—que por cierto no es difícil de comprender—no necesitamos decirle que de ningun modo confundimos «el sentimiento de lo bello con el sentimiento moral y religioso;» que dos fenómenos psicológicos no dejan de ser diferentes entre sí porque el uno germine del otro, ni porque éste á su vez sea perfeccionado por aquel.

(2) Segun la tradicion debieron ser cantores ieráticos los que en los tiempos primitivos cantaron las obras de los dioses y exten-

por dignas de veneracion á la poesía, al canto, á la música, donde únicamente contempló virtud suficiente para desbistar la rudeza de los primitivos tiempos, para dominar los instintos salvajes y desenfrenados de las gentes, para despertar en los hombres sentimientos de humanidad, para unirlos en sociedad y moverlos al respeto de las costumbres y de las leyes.

Silvestres homines sacer interpresque deorum  
Caedibus et victu foedo deterrit Orpheus;  
Dictus ob hoc lenire tigres rabidosque leones:  
Dictus et Amphion Thebanæ conditor arcis  
Saxa movere sono testudinis, et prece blanda  
Duceret quo vellet. Fuit hæc sapientia quondam,  
Publica privatis secernere, sacra profanis;  
Concubitu prohibere vago; dare jura maritis;  
Oppida moliri: leges incidere ligno.  
Sic honor et nomen divinis vatibus atque  
Carminibus venit. Post hos insignis Homerus,  
Tirtaeusque mares animos in Martia bella  
Versibus exacuit. Dictæ per carmina sortes,  
Et vitæ monstrata via est, et gratia regum  
Pieris tentata modis, ludusque repertus,  
Et longorum operum finis (1).

dieron su culto; y todo el tiempo que poseyó la religion griega una vida real, poetas fueron los que formaron y trasmitieron los mitos, los intérpretes que dirigian al pueblo en cosas de oracion, alabanzas y acciones de gracias. . . . Las poesías homéricas demás de contener las primicias de la tradicion escrita, eran á los ojos de los griegos el cánon de su religion ó el medio principal de su cultura religiosa.» (Hojas histórico-políticas, vol. 30. «Antigüedades y Filología clásicas.»)

(1) Hor. ad Pisones, 391 y siguientes.

¿Por ventura fué nunca ni pudo ser deshonra en las bellas artes producir ó secundar tales efectos, promover eficazmente las buenas costumbres, y contribuir al verdadero bien de la humanidad? Así parecen creerlo los celosos defensores del arte y de su absoluta independencia ó carencia de finalidad: no era tal el sentir de Horacio; antes á sus amigos, poetas *in fieri*, les recuerda el benéfico influjo del canto

... ne forte pudori

Sit tibi Musa liræ sollers, et cantor Apollo (1).

144. Muy bien, dirá sin duda á esto la filosofía del arte á la cual trae con harto cuidado el honor de su protegido; muy bien, pero el artista no tiene que pensar siquiera en tan prosaico fin. «Cuando con su idea atiende á alguna existencia determinada y quiere tocar en la realidad con las representaciones estéticas, puede decirse que abdica, que renuncia á su derecho de poeta, y que su creacion no es sino el humilde instrumento de un fin material, prueba de su falta de mérito moral y de su incapacidad estética» (2). «La fuerza del motivo final quita á las bellas artes su libertad y su

(2) *Ibid.*, 406.

(1) Schiller, de la educacion estética del hombre, carta 26, véase 22.

juego desembarazado, es decir, su esencia» (1). «Solo entonces puede la obra artística engendrar el placer estético, cuando en la producción de ella sigue su autor el impulso de una necesidad interior que le mueve como por instinto, cual si no tuviera conciencia de ello, con exclusion de toda mira y objeto final» (2). «Al artista le pertenece simplemente lo que toca á la nueva existencia que produce; y así, ninguna otra cosa busca en la producción de su obra sino satisfacer un impulso irresistible de su naturaleza» (3). Pero basta ya de extravagancias.

La naturaleza pretende siempre lo mejor cuando reparte sus copiosos dones. Al dotar Dios á sus criaturas, objeto de su amor generoso, de una grande riqueza de fuerzas nobilísimas, no quiso ciertamente excluir de sus designios ningun bien verdadero, ni aun los de ménos momento. Así, cuando nos dió para el arte una disposición que en razon de su misma naturaleza habia de ser fuente de varios bienes, ¿es ni siquiera concebible que su divina sabiduría se pusiese en contradicción consigo misma no proponiéndose sacar de tan preciosa

(4) Krug, Estética §. 21. 59.

(2) Nüsslein, Manual de la filosofía del arte §. 31.

(3) (Ficker, Estética §. 142. Nüsslein §. 61.) Por lo visto como el castor cuando dá cima á sus obras maestras. Razon tienen nuestros artistas para agradecer á la estética semejante fineza.

disposición y capacidad otro bien que el placer, y aun rehusándole la virtud de conducir á aquellos otros bienes altísimos que pueden alcanzarse con ella? Así, en el orden de la sabiduría divina no solo es un resultado sino un fin propio y verdadero, aunque mediato, de las bellas artes, todo el bien que pueden proporcionar así al individuo como á la sociedad, así al Estado como á la Iglesia, así á la vida intelectual como á la moral y la religion. Avergonzarse debiera la que así propia se decora con el pomposo nombre de «ciencia,» de negar, al cabo de dos mil años de progreso, verdades hasta para los mismos gentiles indubitadas. «Los dioses no nos han hecho el don de la poesía, del canto y de la música para que simplemente gocemos un deleite inútil, sino para que con su auxilio pongamos el debido concierto entre los varios y discordes impulsos y movimientos del ánimo, y para que recobremos en el sistema de nuestra vida interior aquella moderación y aquella belleza que suelen echarse de ménos. (1)»

La naturaleza, es decir, la divina sabiduría ha mirado á estos fines remotos no ménos que á su efecto próximo: por otra parte toda acción intrínsecamente buena es siempre tanto más noble, tanto más perfecta y meritoria, cuanto es mayor el bien que su autor se propone al hacer-

(1) Plato, Timeaus ed Bip. vol. 9. p. 339. Steph. 47. d.